

Migración haitiana en Chile 2020: barreras a la incorporación social, arraigo cuestionado y re-emigraciones*

Haitian migration in Chile 2020: barriers to social incorporation, questioned roots and re-emigrations

[Artículos de investigación]

Juan Carlos Rodríguez Torrent**

Nicolás Gissi Barbieri***

Recibido: 06 de septiembre de 2021

Aceptado: 20 de noviembre de 2021

Citar como:

Rodríguez Torrent, J. C. y Gissi Barbieri, N. (2021). Migración haitiana en Chile en el 2020: barreras a la incorporación social, arraigo cuestionado y reemigraciones. *Campos en Ciencias Sociales*, 9(2). <https://doi.org/10.15332/25394363.7122>



Resumen

Lo que planteamos a continuación se realiza en clave antropológica, en un contexto de excepcionalidad sanitaria, crisis institucional y de ciudadanía en Chile. Refiere a una población joven de residentes haitianos, con dificultades para ejercer el derecho a la ciudad dentro de los principios de democracia, igualdad y justicia social, por lo cual son alterizados de manera subalterna debido al racismo cotidiano e institucional. Revisamos algunas de las acciones adoptadas por las autoridades chilenas en el año 2020, en el marco de la pandemia, para analizar cómo les afectan desde la perspectiva de sus derechos ciudadanos, esto al focalizarnos en la informalidad económica, el trabajo y el

* Este artículo es parte del Proyecto Fondecyt 1200082 (2020-2024), "Construyendo el futuro desde Chile: prácticas, imaginarios, y arraigo entre migrantes venezolanos, colombianos y haitianos residentes en Santiago y Valparaíso". ANID, Gobierno de Chile.

** Universidad de Valparaíso, Chile. [✉](mailto:juan.rodriguez@uv.cl); [ID](https://orcid.org/0000-0002-8451-2200) <https://orcid.org/0000-0002-8451-2200>

*** Universidad de Chile. [✉](mailto:ngissi@uchile.cl); [ID](http://orcid.org/0000-0001-5059-7691) <http://orcid.org/0000-0001-5059-7691>

acceso a la vivienda, situaciones que tienen efectos en la evaluación del proyecto migratorio y sus intenciones de arraigo, aumentando su salida de Chile.

Palabras clave: inmigrantes haitianos, informalidad económica, vivienda, racismo, pandemia.

Abstract

The following is an anthropological approach, in a context of health state of emergency, institutional crisis and citizenship crisis in Chile. It refers to a young population of Haitian residents, with difficulties to exercise the right to the city within the principles of democracy, equality and social justice, for which they are subject to alterity in a subaltern way, due to daily and institutional racism. We review some of the actions taken by Chilean authorities in 2020, within the framework of the pandemic, to analyze how they affect them from the perspective of their citizenship rights, by focusing on economic informality, work and access to housing, situations that have effects on the evaluation of the migratory project and its intentions to settle, increasing their departure from Chile.

Keywords: Haitian immigrants, economic informality, housing, racism, pandemic.

Introducción

Emigrar constituye una posibilidad de superación de condiciones adversas. Cuando estas son inevitables, porque la vida se hace insostenible, siguiendo las reglas y consecuencias de la economía global, del mercado y del Estado de origen, el país nuevo aparece por descubrir y se encuentra, se espera, un mundo de posibilidades. Con sus capacidades, frustraciones y esperanzas, los migrantes buscan reasentarse con seguridad e identidad a través de las redes étnicas, aunque las circunstancias del 2020 los dejan casi inmovilizados, encerrados en un pequeño hábitat y adscritos por la sociedad de destino a un determinado estrato socioeconómico y a estrechos círculos sociales, por lo que tienden a conformar enclaves étnicos en comunas como Quilicura, en Santiago.

Sin huellas de una experiencia previa en Chile, unos 180 000 haitianos han llegado recientemente. Alentados muchos por declaraciones de la Unión de Repúblicas Sudamericanas (UNASUR), la cual se comprometió a recibir cientos

de personas, después del devastador terremoto del año 2010, que ocurre nuevamente en 2021; esta situación, de nuevo, los que lleva a trascender su memoria migrante, que los ligaba principalmente a EE.UU., Canadá, Francia, la vecina República Dominicana y Ecuador. Los migrantes haitianos llegan con un breve conocimiento del país gracias a la presencia chilena de “cascos azules” de las Naciones Unidas, sumado principalmente a los mitos propios de un Estado neoliberal como el chileno, que se presentaba como exitoso. La motivación económica como soporte de otras dimensiones es muy elocuente: la diferencia entre el PIB *per cápita* de Haití y el PIB de Chile, así como los índices de desarrollo humano entre ambos países. Para la migración, también es evidente la disonancia entre la expectativa del proyecto migratorio y lo logrado después de unos años, en cifras, en 2021 ingresaron a Chile 2444 personas de nacionalidad haitiana, mientras que 3534 abandonaron el país (Subsecretaría del Interior, citada en Rivera, 2021).

El gobierno actual les impuso una visa consular en abril de 2018, lo que disminuyó drásticamente su llegada. Estos cambios en la política migratoria, más restrictiva, así como los problemas de racialización, clasismo y segregación urbana enfrentados, han impactado sus expectativas de inclusión en Chile y han aumentado su retorno (Rodríguez y Gissi, 2019). Lo que planteamos a continuación, recoge las brechas existentes entre la expectativa y la experiencia cotidiana y se asocia a una lectura crítica del proceso de incorporación social y de arraigo de la población haitiana. El mágico nombre de Chile se desvanece entre el 2019 y el 2020, dadas la crisis política posterior a octubre de 2019 y la pandemia, todavía existente, así como por las consecuencias económicas y laborales, especialmente en las comunidades migrantes. El endurecimiento de la política migratoria y la exclusión social de los haitianos, a causa de la xenofobia y el racismo, establecen una condición que dificulta ejercer los derechos, impacta en la configuración de los barrios y la ciudad, y marca un lugar de conflicto y un

espacio político difícil de contener para una autoridad local, enmarcada en un Estado subsidiario.

Estas coyunturas críticas han activado el interés de los migrantes haitianos por participar al demandar por su pertenecer a la comunidad política, acceder a los derechos fundamentales, derechos civiles y políticos (DCP), económicos, sociales y culturales (DESC), garantías de las personas cuya protección es reclamable al Estado, así como por el derecho a la ciudad y sus servicios (Palma y Pérez, 2021); de modo tal, se etnifican y visibilizan en los espacios urbanos. El objetivo del presente artículo, entonces, es caracterizar la migración haitiana en Chile durante el 2020, la cual destaca por las barreras a la incorporación social, al cuestionar el arraigo y generar reemigraciones, especialmente, por los problemas para acceder a empleo y vivienda.

Antecedentes: condiciones nacionales y cifras migratorias

La migración dentro de Latinoamérica y el Caribe ha crecido de manera importante durante los últimos años, de tal modo, Chile es uno de los principales países de destino, junto a Argentina, Brasil y Colombia. Chile es elegido como destino por “su estabilidad” política y económica (Aninat y Vergara, 2019). La búsqueda de una buena vida, o al menos una que les permita vivir con dignidad (Nussbaum 2020) y reconocimiento (Taylor 1993; Thayer 2016), es una premisa básica de los inmigrantes latinoamericanos que residen en Chile. En la actualidad, habitan 1 492 522 personas extranjeras, correspondiente al 8 % de la población total, de los cuales 750 000 han ingresado al país en los últimos cuatro años (INE y DEM 2020). La población cuantitativamente más importante es la venezolana (desde 2014 al presente), equivalente a 30,5 %; seguida de la peruana (llegada desde los años noventa), con un 15,8 %, la haitiana (desde 2014 a 2018, principalmente), con un 12,5 %, y, en cuarto lugar, la colombiana (desde 2013 a 2019), con un 10,8 % (INE y DEM, 2020). En Santiago vive el 63,1 % de los inmigrantes (INE y DEM, 2020), lo que muestra una distribución desigual en las

distintas regiones (Razmilic, 2019; Fuentes y Hernando, 2019), atraídos por la mayor oferta de empleo y equipamientos en salud y educación pública que ofrece un área metropolitana (Margarit y Bijit, 2014), así como por las redes haitianas que se han generado desde 2014 en la capital chilena.

Cuestiones idiomáticas, prejuicios chilenos basados en la “pigmentocracia” (Telles y Martínez, 2019) y otros sobre sus calificaciones profesionales, explican en parte que el colectivo haitiano sea quien ha experimentado más dificultades de integración. La difícil convalidación de títulos, la incomprensión hacia las particularidades culturales y el trato cotidiano que han recibido desde la sociedad chilena marcan su estatus y las formas de incorporación social y territorial. Estas condiciones hicieron pensar a algunos en la posibilidad del retorno, pese a las críticas condiciones político-económicas que se viven hoy en su país de origen. Esta situación hizo que una organización haitiana le solicitara al gobierno disponer de viajes de regreso para quienes lo solicitaran, pues ellos no contaban con los recursos necesarios para el viaje; de este modo, se generó un retorno forzado a través del denominado “Plan de Retorno Humanitario”, con vuelos de retorno desde Santiago a Puerto Príncipe. Estas condiciones adversas se refuerzan con la emergencia de la COVID-19, que se adiciona a un escenario de crisis política, de legitimad de las instituciones y una profunda desconfianza hacia la élite. En Chile sobresale una justicia degradada, corrupción, impunidad, un proceso constituyente en curso y el soporte de una de las economías más desiguales a nivel mundial (índice Gini), con diferencias salariales de 27 a 1 (Ávila, 2021).

La irritación del sistema social a partir de las protestas del 18 de octubre de 2019, como conflicto entre la ciudadanía y la élite, con componentes ideológicos, sociales y espaciales, exacerbó el carácter distópico del modelo social y económico para nacionales e inmigrantes. Se fracturó un relato: la ilusión de la normalidad sobre el Estado neoliberal, la economía y la sociedad. El nuevo

escenario empeoró y visibilizó las precarias condiciones de vida de muchos inmigrantes, especialmente haitianos (Rojas et ál., 2015), además, produjo un debilitamiento del proyecto migratorio y la valoración sobre Chile como país de oportunidades. Los factores de atracción (estabilidad económica y política) se transforman y fragilizan al enfrentar una crisis sistémica, como lo apreciamos en las comunas donde se concentran los migrantes en la ciudad de Santiago.

Las fricciones entre distintos actores adquirieron un nuevo protagonismo en la sociedad nacional posoctubre de 2019, al generar cuestionamientos éticos al accionar político-institucional del actual gobierno respecto a la población migrante, signada por expulsiones, precarizaciones e infracciones (Servicio Jesuita a Migrantes, 2021). De hecho, no se firmó el Pacto Mundial para una Migración Segura, Ordenada y Regular, con el argumento que el Pacto puede ser usado en contra de la soberanía de Chile (Gissi y Greene, 2021) y, por esto, se ha deportado a 1401 migrantes desde el 2018 por razones administrativas (Infomigra, 2021). Se ha hecho también uso de los medios de comunicación para criminalizar la figura del migrante con la exposición de las deportaciones y al señalar en las noticias el aumento de la cantidad de residentes como algo negativo, con lo que justifican así restringir su llegada.

Marco referencial: inmigración e inclusión diferencial en el contexto de la triple crisis política, sanitaria y económica

Siguiendo a Portes (2012) e Izquierdo (2000), podemos sostener que hay tres factores fundamentales que condicionan las posibilidades de incorporarse para los migrantes en el contexto de la sociedad receptora: 1) la sociedad de destino, sus imaginarios colectivos y acciones; 2) la legislación y política migratoria del Estado receptor; y 3) el colectivo de migrantes, su cohesión y organización social. La combinación de estos tres elementos genera distintos contextos de inserción, que facilitan o dificultan el establecimiento de los y las migrantes. La discriminación (xenofobia, racismo), la construcción de relaciones de dominación

según clase, sexo y “raza” (Balibar y Wallerstein 1988), así como la nostalgia por el país de origen o bien el apego hacia al nuevo territorio, moldean las experiencias migratorias.

En el Chile del año 2020, la emergencia sanitaria confluye con la conflictividad social y la recesión económica experimentada, lo que configura un escenario y un discurso de triple “crisis” que permite y exige tomar medidas gubernamentales con celeridad, las cuales no se podrían decretar en un contexto normal. No es ésta la primera vez que en Chile se ocupa la noción de crisis para establecer una condición, pues ya había sido utilizada anteriormente en torno a la “crisis migratoria”, tras la cual se realizaron importantes transformaciones vía decreto administrativo a la regulación fronteriza, las cuales pusieron trabas mayores a ciertas nacionalidades (dominicanos en 2013 y haitianos en 2018) y facilitaron el tránsito para otras (peruanos y colombianos, y a venezolanos hasta junio de 2019). Frente a ello, De Génova y Álvarez (2017) señalan que “cuando se escuchan proclamas alarmistas sobre una supuesta ‘crisis migratoria’ [...], se está ante la presencia de una crisis de control [...] El lenguaje de la ‘crisis’ se despliega sobre todo para autorizar medidas de ‘emergencia’ o poderes ‘excepcionales’” (p. 158). De modo que, el paso de una crisis migratoria por no regulación a una triple crisis —social, sanitaria y económica— está dado por una continuidad en la toma de decisiones excepcionales y la aplicación de políticas de control de la población que no podrían haber funcionado en un estado de normalidad.

La medida de control más importante ha sido la cuarentena parcial que ha confinado en sus hogares a millones de habitantes en Chile y restringido el desplazamiento por la ciudad a la obligatoriedad de portar el salvoconducto sanitario autorizado por Carabineros. Así, observamos que el llamado al autocuidado como apelación a la responsabilidad individual, se vuelve insuficiente, ya que en “el control de la sociedad sobre los individuos no se opera simplemente por la conciencia o por la ideología, sino que se ejerce en el cuerpo,

con el cuerpo. [...] ya que] El cuerpo es una realidad biopolítica” (Foucault, 1977, p. 5). Esto significa la configuración de formas y el establecimiento de cálculos políticos, a través de los cuales la vida es integrada a la gestión administrativa, lo que permite incluir el cuerpo y su energía a los procesos de producción capitalista y de la ciudad. Esto reconceptualiza la idea de regulación entre las personas, y entre ellas y el poder, en vistas a un orden fundado en el derecho, lo que legitima las acciones.

En estos términos, la realidad migrante se complejiza en todas las dimensiones de la existencia, pues la desigualdad y exclusión presentes en el régimen fronterizo chileno no se centra en cerrar herméticamente las fronteras, sino en establecer un sistema de diques para producir un proceso de inclusión diferenciada (Mezzadra, 2012), en el cual la irregularidad (y miedo a la deportación) juega un papel central en la precarización y flexibilización del trabajo migrante, y, por tanto, en su sistema de oportunidades y la exposición pública. Para ellos se desplaza la frontera física hacia una frontera jurídica y social, que limita el acceso al mercado laboral y de consumo, y a los derechos de ciudadanía (Fierro, 2017), y que puede tardar años en ser traspasada hacia una perspectiva de inclusión. La frontera de la ley es la nueva frontera, porque existe un interregno peculiar, donde el “sin papeles impugna el estado de derecho”, y al mismo tiempo “no puede solicitar derechos” (Suárez-Navaz, 2007).

Así, el fetichismo de los papeles establece una frontera que operacionaliza “dispositivos de inclusión que seleccionan y filtran hombres y mujeres, así como diferentes formas de circulación, de formas no menos violentas que las empleadas en las medidas de exclusión” (Mezzadra y Neilson, 2017, p. 25). Se produce así la institucionalización de un racismo que deviene en estigma y que desaloja el ser social (Tijoux, 2016), entendido como mecanismos que diferencian, clasifican y jerarquizan a la sociedad con propósitos de exclusión, expulsión y erradicación (Mbembé, 2016), ya que el binomio poder y derecho, como prerrogativa del

soberano, logra hacer visible el conflicto entre grupos y ascendencias diferenciadas en el control del territorio (Foucault, 1977). Mientras una cédula de identidad tiene una duración de 10 años para un nacional, para un extranjero esta puede durar solo 8 meses.

En esta trama, corrientemente, existen tres premisas falsas afectan a algunos inmigrantes en su vida cotidiana y sus proyectos de vida: 1) creer que el fetichismo de los papeles facilita el reconocimiento del “sin papeles”, o lo convierte en sujeto jurídico, cuando el interés está en convertirlo en sujeto económico; 2) que el aparato administrativo es “neutral”, ya que suele presentar rasgos discrecionales en la selección; y, 3) que acceder a los papeles no significa un reconocimiento pleno, en cuanto persisten dificultades para tener trabajo, acceder a una vivienda y alcanzar reconocimiento, lo que también produce desencanto (Suárez-Navaz, 2007).

Cuando ocurre la reciente diáspora Sur-Sur, debido a distintos mecanismos de expulsión (Sassen 2015), Chile aparece como un país receptor, en parte debido a los imaginarios migratorios que han dibujado al país con estabilidad política, financiera y posibilidades de trabajo, por lo que resultaría formalmente posible insertarse (Rodríguez y Gissi, 2020). El contraste de dicho imaginario frente a la triple crisis facilita la recalibración de las relaciones de poder y contrapoder entre la autoridad y el colectivo, relocalizando el imaginario migratorio frente a la pérdida de empleo para encontrar sustento y acceder a la vivienda. Y, por ello, para su comprensión, es preciso no solo constatar los conglomerados de datos consolidados respecto a la realidad migrante, sino también observar la vivencia y perspectiva del migrante en tanto —independiente de su estatus de ciudadanía— se comporta como ciudadano —trabajador y ciudadano— y consumidor. Por tanto, para comprender dicho fenómeno, es necesario adoptar el lente aportado por el enfoque de la autonomía de las migraciones (Mezzadra 2012), en cuanto los cuerpos expresan subjetividades y movimientos. La autonomía de la migración

como subjetivación, se da en los marcos de una condición negada por parte del Estado, referida al propio carácter estructural enfrentado luego del cruce de fronteras, y de las relaciones de tipo político y social que se establecen hacia los migrantes.

En distintos lugares, los inmigrantes generan un conjunto de prácticas alimentarias, lingüísticas, económicas y religiosas que dan cuenta de un campo transnacional (Appadurai, 2001), con comunicación vía medios digitales y envío de remesas de dinero que les vinculan con sus familias en el Estado de origen. Estos vínculos transnacionales se suelen generar desde barrios étnicos, como en el caso haitiano en la comuna de Quilicura, y de modo más emergente en otras comunas de Santiago.

Metodología

El presente artículo surge a partir de un programa de investigación sobre migración Sur-Sur y de inmigrantes de países no fronterizos, cuyo eje está dado por la generación de conocimientos y reflexiones sobre los procesos de incorporación social y arraigo o nuevas emigraciones. La unidad de análisis son los individuos y sus redes de sociabilidad. El punto de partida es etnográfico y desde el relationalismo metodológico se busca comprender las lógicas sociales y culturales que emergen de las experiencias migratorias, con un énfasis en los procesos y relaciones sobre los sistemas y agentes.

La producción de conocimiento es triangulada a partir de la relación estructura-subjetividad-acción. De este modo, tomamos nota que los sujetos-actores producen y reproducen estructuras sociales y configuraciones, inscritas en los circuitos locales, nacionales y globales. El trabajo de campo se realizó entre los años 2018 y 2019, y algunos registros recientes en 2020 y 2021, en las comunas de Quilicura, Santiago centro, Estación Central, Recoleta e Independencia, en la ciudad de Santiago. Se realizaron entrevistas en profundidad a 40 mujeres y hombres migrantes de nacionalidad haitiana, quienes al momento de la entrevista

llevaban entre dos y cinco años de residencia en el país y tenían entre 21 y 53 años, con predominancia de edades situadas entre los 26 y 35 años.

El criterio de selección de estas comunas obedece a que manifiestan etnográficamente una densidad de población haitiana, y definen tipos distinguibles: centro, pericentro y periferia. Se trata de hábitats que manifiestan nuevas formas de ocupación del espacio público, interacción social y segregación, debido a neocolonizaciones y procesos de etnodiferenciación social durante la última década, producto de la conformación de redes por parentesco y amistad. En las entrevistas, los y las participantes relataron por qué decidieron emigrar hacia Chile, el itinerario de su trayectoria, cómo ha sido la experiencia de habitar en Chile, la decisión de los lugares de residencia, las posibilidades de acceso a la vivienda, la circulación por la ciudad, y qué hechos han sido positivos, negativos o extraños en su convivencia con los chilenos, especialmente respecto a los ámbitos residencial y económico-laboral.

El contenido de las entrevistas fue analizado por medio de una malla temática que se construyó a partir de la pauta de entrevista. El proceso de codificación se realizó paralelamente al de categorización e incluyó categorías emergentes. Finalmente, se utilizó el software Atlas-ti 7.0, el cual permitió visualizar patrones y difundir los resultados. Construimos una ficha técnica de registro que está bajo custodia del equipo de investigación para asegurar resguardos bioéticos, con un criterio de identificación por año de ingreso, edad, género y profesión u oficio, lo que nos permitía recurrir a la entrevista. La producción de datos primarios, junto a los procesos de observación en lugares de alta concentración y movilidad de población haitiana, se complementó con la búsqueda de información que entregan las bases de datos estatales, Instituto Nacional de Estadísticas (INE, 2019), Encuesta de Caracterización Socioeconómica (Casen, 2017), Censo 2017 (INE, 2018) y del Departamento de Extranjería y Migración (DEM), del Ministerio del Interior y Seguridad Pública, así como de INE y DEM (2020).

Resultados

Crisis, inmigración e inclusión diferencial en un contexto de emergencia sanitaria

Los registros de campo demuestran que la inclusión y arraigo de muchos inmigrantes puede estar más lejos que cerca. El confinamiento asociado a la pandemia revela los “diques”, porque al “sin papeles”, o el que posee una inserción limitada para la consecución de sus objetivos, debe responder saliendo del confinamiento obligado a la calle, ya que solo le queda transgredir la norma de inmovilidad, porque sin reconocimiento jurídico “no puede solicitar derechos” (Suárez-Navaz, 2007), en la medida que no es ciudadano pleno. Se fragiliza la expectativa emigratoria en cuanto realza la condición de no ciudadanía, ya que en medio de las crisis, el fetichismo de los papeles se vuelve más relevante en la discusión pública sobre la política migratoria (i.e. el número, para qué, su aporte), ya que es parte de leyes, decretos, resoluciones, directrices, acciones u omisiones, que van regulando la entrada, salida y permanencia de la población, hasta diferenciarlos y filtrarlos (Mbembé, 2016; Mezzadra y Neilson, 2017). Así, el miedo que incorpora la pavorosa lentitud de la burocracia, que conjuga poder y derecho, termina por hacer visible su alterización negativa (sin trabajo formal y con hacinamiento residencial). Se institucionaliza un racismo al imponerse la imagen estereotipada de una sociedad de origen compuesta solo por poblaciones vulnerables¹.

¹ Nos referimos al reclamo que realiza una de las organizaciones haitianas, sobre un documental que emitiría el Canal 13 de televisión, con énfasis en las situaciones de extrema pobreza que se vive en Haití. Entre los apartados de la declaración, se sostiene: “omite mostrar que en nuestro país, hay personas humanas, que se levantan a trabajar, a estudiar, que viven en casas coloniales, en edificios modernos, que luchamos cada día por nuestra dignidad... no desconocemos que en nuestro país hay situaciones de extrema pobreza, pero estas situaciones también se viven en Chile, y ningún medio de comunicación ha osado mostrarlas, porque esto podría atentar contra la imagen de un país miembro de la OCDE” (Dorsainvil, 2018).

De este modo, se hace evidente una política migratoria selectiva, que delimita “la entrada, salida y asentamiento en el país de aquellas personas que consideran favorables, en términos de sus intereses y necesidades de recursos humanos” (Jensen, 2013, p. 112). Mediante el fetichismo de los papeles no se produce un tránsito hacia el reconocimiento, lo que hace evidente que el aparato jurídico no es neutral y que persisten dificultades en el acceso al trabajo y la vivienda. De este modo, el actor demorado en su aspiración de ciudadanía (certificado de residencia definitiva), en el interregno, se convierte en el autor de una nueva geografía al segregarse en las ciudades y campos a lo largo de Chile.

Las barreras institucionales y culturales intentan ser superadas en medio de la crisis social y sanitaria. Relocalizan el imaginario migratorio inicial frente a la pérdida de empleo (formal e informal), para encontrar sustento y acceder a la vivienda. Se manifiesta así el carácter autónomo de las migraciones (Mezzadra, 2012), ya que el cuerpo haitiano comienza a expresar subjetividad y movimiento no sujeto a control, de modo tal que se convierte en un excedente de prácticas y demandas en medio de un requerimiento de derechos negado por parte del Estado chileno. Emergen las “líneas de fuga” (Mezzadra 2005) al manifestarse como “autonomía” barrial, con narrativas y gramáticas icónicas, crean prácticas económicas con notorios efectos en el espacio (Álvarez, 2019), dominan el comercio callejero de productos de aseo, ya sea de manera autónoma o en formas de subordinación dentro de las cadenas de control del espacio por bandas que los controlan. Los observamos en el comercio ambulante en comunas como Estación Central, Recoleta y Santiago, en tomarse la calle para cocinar y vender alimentos con perfiles culturales, e incluso apropiarse de terrenos particulares para levantar viviendas, ante la necesidad imperiosa de conseguir alimento y cobijo.

Entre el Estado y la sociedad chilena de 2020: exclusión haitiana y aspiraciones frustradas

Estas condiciones son explicitadas en los testimonios de los interlocutores.

Antoine (28 años) señala: “Me gustaría volver a Haití, pero solo de vacaciones por 3 o 4 meses...Me gustaría poder visarme y quedarme en Chile, pero los papeles son lentos...y hay que encontrar un buen trabajo” (comunicación personal, 2020).

Orel (26 años) expresa su frustración al indicar: “No. No he podido viajar de vuelta. Nadie ha podido venir, porque no tienen plata suficiente” (comunicación personal, 2020). Elián (28 años) agrega: “me encantaría quedarme en Chile, estoy bastante estable. Me gustaría volver a mi país, pero por vacaciones; también me gustaría pasar unos meses en Haití, antes de instalarme definitivamente en Chile” (comunicación personal, 2020). Napoleón (29 años), igual que sus compatriotas, envía remesas a sus familiares: “Le envío dinero a mi madre, presentando carné o pasaporte en una oficina donde cambio pesos a dólares, y luego los envío” (comunicación personal, 2020). André:

[...] estoy con visa de permanencia temporal... quería tramitar la permanencia definitiva, pero con el tema actual (protesta social) se ha vuelto más complicado... espero solucionarlo para poder quedarme aquí, para que a futuro mi hijo de 5 meses pueda estudiar. Los trámites han sido largos y a veces un poco tediosos, porque hay gente que no tiene paciencia cuando uno no entiende lo que dicen, porque hablan muy rápido. (comunicación personal, 2020)

Las entrevistas se orientan en una misma dirección. Lo que los une, en primer lugar, es lo que definíamos como campo transnacional, el vínculo afectivo y económico entre allá y acá. En segundo lugar, una cierta carencia de apoyo en el plano local para que la regularización se vuelva expedita, lo que hace que la espera se convierta en informalidad, ya que deben “trabajar en lo que venga” o en el “comercio ilegal” en la vía pública (Maurice, vendedor callejero), que para

muchos es la principal fuente de recursos para el abasto de las familias². En tercer lugar, que la expectativa del visado de residencia temporal y definitiva (fetichismo de los papeles) para “mejorar” no resuelve necesariamente el tema de los ingresos y la condición de proveedor para parte de la familia en Haití. Cada peso ganado en Chile, al ser distribuido con la familia en Haití, también conspira con su posibilidad de cambio cualitativo en las condiciones de vida. En cuarto lugar, que las dificultades para alcanzar estabilidad tienen fuertes repercusiones en el acceso a la vivienda, generalmente ubicadas en barrios degradados entre los más recientemente llegados (Razmilic, 2019), lo que hace que vivan mayoritariamente en construcciones precarias, arrendadas (82,8 %) y sin contrato de arriendo (27,4 %) (Gissi et ál., 2020).

El testimonio de Eduard (26 años) retrata estas dificultades económicas y culturales, así como las brechas entre expectativas y realidad:

Allá vivíamos más cómodos, por decirlo así. Al llegar uno tiene que enfrentar muchas cosas, por ejemplo, la discriminación... la falta de hablar el idioma, a mi padre le ha dificultado encontrar trabajo porque no sabía español. Aquí casi todo el sueldo se va... casi puedo decir que la plata la paga en una casa y no podíamos encontrar una [vivienda]. La plata que él ganaba no era suficiente para que nosotros pudiéramos arrendar una casa buena. Acá, uno tiene un sueldo base de 301 000 pesos, ahora que lo subieron, pero una casa vale 400... y si el sueldo base es de 301, entonces es como una cosa que no tiene sentido, como que uno no encuentra una mejor vida. Uno llega acá [a Chile], se da cuenta que es diferente: tu sueldo base vale menos que [el arriendo de] una casa. Sin una casa no estás viviendo. Tuvimos que estar viviendo en piezas y uno allá tenía su casa completa... uno llega y está viviendo con una pieza... todo era horrible. Yo de verdad cuando llegué, en un principio, me quería volver y mi padre no nos dejó.

² Etnográfica y etnológicamente, el tema del trabajo informal presenta una ambigüedad constitutiva. Por una parte, se desea trabajo formal, mejor pagado y no ubicado en los niveles inferiores de renta; por otra, la informalidad es incierta desde la perspectiva del ingreso, pero suele otorgar autonomía y superar los niveles de ingreso mínimos.

Nos decía que ya estamos acá y hay que empezar desde cero. (comunicación personal, 2020)

Como vemos, la vivienda tiene componentes diferenciados adversos (tipo, lugar, acceso, costos) frente a los nacionales (Razmilic, 2019, p. 102), y ha servido para generar rentas con viviendas originalmente destinadas para nacionales o migrantes que ya se fueron, que se encuentran en muy mal estado en comunas desprovistas de servicios (Correa et ál., 2013). En segundo lugar, se convierte en uno de los temas más sensibles en la evaluación del proyecto migratorio y de arraigo. El encadenamiento para el acceso a la vivienda es complejo y aditivo para un inmigrante haitiano, lo cual permite salir de un barrio no deseado y convertirse en propietario, ya que: 1) se requiere regulación migratoria y salir de circuitos abusivos de alquiler, 2) conseguir trabajo estable y con remuneración suficiente, 3) acreditación de renta, 4) ahorrar, lo que define un momento específico de la vida, 5) poder asumir una carga financiera, y 6) una decisión meditada para comprar, lo que conecta con las intenciones de arraigo.

Etnológicamente, la vivienda y el trabajo representan ámbitos necesarios para la estabilidad y cultivar necesidades psicológicas fundamentales, así como ejes discursivos que articulan el imaginario de una buena vida en Chile, frente a la desincorporación urbana de los lugares donde generalmente viven. Esta dificultosa convivencia entre haitianos y chilenos cuestiona una democracia participativa, inclusiva y pluricultural, como condición de ciudadanía activa, que debiera ser posible a través de la política pública y los derechos consagrados, así evitar la reproducción intergeneracional de la adversidad y las desventajas en las condiciones de habitabilidad.

Trabajo, vivienda y construcción del espacio

La vivienda es una necesidad y un anhelo. Como inversión permanente, junto a la posibilidad de desarrollar negocios, una política migratoria integradora,

estabilidad política y económica del país, construir familia, conseguir trabajo con ingresos regulares y justos, reconocimiento dentro de la diversidad, constituye un pilar que otorga seguridad para pensar en el arraigo. Sin embargo, la información es coincidente y demuestra que la vivienda es un tema crítico (Servicio Jesuita de Migrantes y TECHO-Chile, 2020), o inicialmente más agudo (Razmilic, 2019).

En una década su valor ha crecido a un 6 % anual y la economía solo a 2,1 % promedio (El Mercurio, 18 marzo 2021: A3), de modo que, aún persisten dificultades para la compra de vivienda por inmigrantes, especialmente cuando en algunos momentos se ha exigido el certificado de residencia definitiva y residencia de al menos 5 años, lo que genera unos umbrales de tiempo extremadamente largos.

En lo fundamental, existe un abuso en los precios del alquiler, lo que impide elegir dónde vivir, con valores desproporcionados por una habitación de 2 × 2 o 2 × 3. El propietario chileno tiene la presunción (prejuicio) de insolvencia económica por no acreditar a veces contratos de trabajo o documentación migratoria al día, lo que los define como informales o irregulares. Ahora bien, quienes llegaron al país en 2014 y 2015, y ya dominan el castellano, logran acceso a empleos más estables en ferreterías, en las bodegas, construcción, bombas de expendio de combustibles o en industrias en el sector norte de la ciudad de Santiago, lo que es más ventajoso frente a quienes han llegado más recientemente.

Las mujeres normalmente ingresan a trabajos en empresas de aseo industrial.

Muchos de los trabajos son inestables, abusivos, a veces sin horarios, con problemas de seguridad social, bajos salarios y desequilibrio entre trabajadores y empresarios. A los hombres, se les observa también en las centrales de abasto como “pionetas” (ayudantes en camiones), cargadores o “tirando carros” con productos hortícolas, o en calles aledañas, especialmente mujeres, vendiendo comidas al paso en la vía pública (Bravo, 2020; Durán, 2021).

Si el arriendo ya es complejo, más aún lo es la aspiración de comprar una propiedad. La fórmula para acceder a la vivienda propia es a partir del ahorro previo de un individuo, lo que puede durar años o ser un imposible desde salarios muy bajos en uno de los países más caros del continente, sin contratos de trabajo o bajos sueldos (Rodríguez y Gissi, 2020). Muchos y muchas tienen esperas de sobre un año para conseguir cédulas de identidad, visas de trabajo y documentos de residencia; esto inhibe el contacto con la institucionalidad sanitaria y municipal para pedir algún tipo de ayuda a los servicios sociales, porque les solicitan documentos y se sienten amenazados, ya que es coincidente que: “extranjería demora mucho para dar los papeles, sin papeles no hay trabajo. Ninguna empresa contrata sin papeles... yo esperaba otra cosa... no es ni la mitad de lo que nos dijeron” (Philiphe, 26 años, comunicación personal, 2020).

El alquiler abusivo y las ofertas restringidas constituyen un círculo difícil de romper. La trayectoria residencial se caracteriza por la desprotección y contradicción entre lo que “se ofrece” y lo que “se puede pagar” conforme a los ingresos, la desconfianza y las arbitrariedades, lo cual configura un patrón residencial entre personas de un mismo grupo y de bajo capital social.

Etnográficamente, predomina el hacinamiento en conventillos, cités, campamentos y viejas casonas medio derruidas y subdivididas en las que se resiste en condiciones infrahumanas. Se ubican en espacios “centrales y pericentrales, con un parque residencial de viviendas precarizadas donde los propietarios —residentes y no residentes— se desligan del cuidado de dichos inmuebles, amparados por normas que no establecen responsabilidades” (Contreras et ál., 2015, p. 4). En comunas como Santiago, Recoleta, Independencia, Estación Central y Quinta Normal y otras más periféricas como Quilicura y El Bosque, en 65 o 70 metros se construyen hasta 8 habitaciones. Son laberínticas, oscuras e interconectadas, con largos y tortuosos pasillos abovedados, sin luz natural, albergan hileras de piezas de dos por dos o tres por dos metros, con baños compartidos sin agua caliente, cocina común, conexiones

eléctricas irregulares y tendederos de ropa repletos. Son 30 y hasta 50 familias las que viven en antiguas casonas de mediados del siglo pasado, antiguos conventillos, en galpones reacondicionados y talleres de todo tipo. El ambiente por donde circula la esperanza es uno y múltiple. El espacio representa una clara segregación residencial; no es funcional, es frío, incómodo y no tiene privacidad.

La informalidad y el ordenamiento socioespacial que representa esta descripción, alejada conceptualmente de zonas obreras tradicionales, constituye una forma nueva de producción de la ciudad, propia de un espiral descendente de ruina y de aparición de contingentes de reemplazo. En lo que podemos llamar un mercado sin contrapeso, no existen exigencias mínimas para los propietarios arrendadores.

La ecuación es simple: ¿la toma o la deja? La evaluación sobre el estado de la vivienda recae en la fiscalización inoperante de los municipios (sin personal destinado a este ítem de gestión), ya que la autoridad local solo puede alegar ante el gobierno central sobre el déficit o la forma como se construye el hábitat urbano.

En un detallado estudio de la vivienda en la comuna de Quilicura, que presenta la más alta concentración de inmigrantes haitianos (53 %) (Razmilic, 2019, p. 107), a partir del Pladeco (Plan de Desarrollo Comunal) del año 2015, Iturra (2016) sostiene que: existen 8 poblaciones o villas, caracterizadas por un formato similar de vivienda y

[...] que contaban con aproximadamente 36 mts² de superficie, un dormitorio, un baño, cocina y espacio común, consignados en blocks de departamentos de tres a cuatro pisos tipo C o Tijera...compuestas por un sistema de blocks contrapuestos que comparten circulaciones que se entrecruzan en el espacio interior. (p. 38)

Lo importante de este registro es que confirma una norma: se trata de emplazamientos con alto grado de deterioro físico, con ampliaciones fuera de toda norma, que invaden el espacio público y sin infraestructura de servicios urbanos asociados. Se configura un conjunto de rasgos homogéneos en la vivienda, cuya

densidad señala una ocupación de entre 3 y 6 personas como forma de residencialización, esto confirmar que el extremo mayor implica condiciones de allegamiento o subalquiler, como una manera de afincamiento en la ciudad. El correlato del formato de la vivienda indica que la tasa de hogares hacinados haitianos, a nivel nacional, sea el más alto, con un 52 %, según indica Iturra (2016, p. 59). Asimismo, la Encuesta de Caracterización Socioeconómica (CASEN) de 2013 “catastró que el 48,3 % de las viviendas haitianas, se encuentra en condición de hacinamiento medio alto mientras un 4,5 % está en un hacinamiento crítico” (op. cit). Este urbanismo afinitario de los llamados “blocks de Quilicura”, convierte al conjunto de lugares en uno de los más peligrosos y de alta vulnerabilidad de Santiago, según la consultora Atisba (2010).

De este modo, a pesar de que el SERVIU (Servicio de Vivienda y Urbanismo), en el año 2015, eliminó el requisito del certificado de permanencia definitiva de cinco años de antigüedad residiendo para acceder a la vivienda propia, las condiciones estructurales no les permiten elegir dónde y cómo vivir. De ahí que, la reunificación familiar se vuelva difícil o se realice en condiciones de mucha precariedad; además, esta misma precariedad se convierte en negocio para la generación de rentas. Mientras, en otra aproximación, algunos haitianos han optado por la ocupación ilegal de terrenos, en suburbios que despliegan su fatalismo e imposibilidad de dar forma a su deseo de vivienda. “De un día para otro aparecieron 15 casas”, señala un entrevistado; “en el día las levantan” —dice un vecino—. Repiten el mismo patrón: piezas mínimas y multifunción, viviendas pequeñas en las que viven 4, 5 o 6 personas. Adentro, en los cuerpos llenos de sombras, camas anónimas, ropa apilada, una cocina y un refrigerador entre los más afortunados; un baño y una ducha colectiva revestida de tableros aportillados, conexiones eléctricas y de agua potable irregulares y riesgosas. Maderos, latones, materiales de construcción, baldes de agua, techumbres cubiertas de *nylon*, fogatas que arden como cirios de esperanza, van configurando una isla haitiana. Niños desparramados y perros famélicos completan el paisaje etnográfico.

Ahí están esmirriados en la espera de días, el vórtice atribulado de estar sin trabajo en tiempos en que durante pocos meses se perdieron 2 millones de empleos en Chile. En la lucha diaria marcada por el no reconocimiento y la no integración se pierde la juventud y se gasta la fe; el derecho más inalienable se extravía y, sobre todo, se empieza a visualizar el país como el lugar donde ya no se quiere estar, pensando en reemigrar.

La vida queda cruzada por un insuficiente sistema de oportunidades y una difícil movilidad social ascendente. Se instala la insatisfacción. Antoine cree que es “incomprendible” pagar 400 mil por una casa; Jan lo confirma: “podemos pagar más para tener mejor vivienda, pero entre muchos”. Ambos testimonios traducen dos cuestiones centrales: 1) allegamiento, como condición de acogida a otro que se está recién llegado; 2) hacinamiento, como insuficiencia del espacio y saturación del mismo, dentro de una expectativa de mejoramiento. De ahí que la rúbrica trabajo, vivienda y construcción del espacio de perfil haitiano, exprese —muchas veces— una condición de “no movilidad” (Correa et ál., 2013) y de una cierta estabilización barrial, que dada las características puede ser discutida desde la perspectiva de la formación de guetos.

Estas condiciones de la sociedad chilena de 2020 se agudizan con un bajo capital social haitiano, poco heterogéneo, aunque están emergiendo redes de la sociabilidad y organizaciones étnicas que van configurando una anatomía particular de los espacios y lugares que configuran la ciudad. Así, la protección negada se resiste a través de la espacialización de la cultura como lugar de reproducción de la lengua, los valores y las prácticas propias.

Conclusiones

Los residentes más desfavorecidos y más cruelmente tratados en Chile son los haitianos. Están inscritos en espacios circulantes de la deshumanización en la vivienda, ya que las viviendas que inicialmente lo fueron para sectores marginalizados nacionales, ahora “reingresa al mercado” para el inmigrante

internacional (Correa et ál., 2003), lo que tiende a bloquear otras dimensiones de la vida. Los migrantes haitianos cargan con un bajo reconocimiento social; además, la recesión económica, la imposibilidad de desarrollar sus comercios y acceder muchas veces a trabajos formales bien remunerados los expuso públicamente y debilitó en gran medida las expectativas de arraigo. Vivir en la zozobra se ha convertido en una norma; muy pocos pueden hablar de éxito, en una incursión que pueda compatibilizar lo que Correa et ál. (2013) definen como una trilogía del horizonte migratorio: trabajar, ahorrar y reemigrar (rápidamente).

Existencialmente, lo que asalta, lo que hace dudar ante las condiciones de 2020, es si estar en Chile es el lugar correcto. Se trata de la pérdida de la fe en la justicia social y que esta condición corresponde a un sino que hace vivir en un auténtico laberinto que no encuentra ángulos de fuga. Se trata de renovar cada día los impulsos, de tratar que los sueños no se desvanezcan, de hacer arcanas asociaciones sobre una vida mejor, para atravesar los umbrales que impone la sociedad chilena. La pandemia y la crisis social han puesto un paréntesis en sus vidas; por largo tiempo se quedaron sin dinero para financiar el alquiler y para garantizar el sustento y la alimentación; así, esbozan el retorno o la reemigración como posibilidad y como acción. Decimos paréntesis, porque las personas entrevistadas no descartan como destino alguna ciudad europea o norteamericana.

Frenados por el fetichismo de los papeles, como actores informalizados del sistema en la economía y vivienda, los migrantes haitianos deben salir a la calle, transgredir las normas sanitarias para conseguir el alimento diario y rearmar el proyecto migrante. La reivindicación de la calle para desarrollar sus comercios en pandemia es un signo propio de subjetivación política que define un derecho a la ilegalidad o a la desobediencia dentro de nuevos derechos de ciudadanía, lo que les permite desincorporarse de sus identidades minimizadas y el agravio laboral y habitacional difícil de denunciar. Luchan por no aferrarse a la vida en la miseria. Con ello, al visibilizarse en los medios de comunicación, simultáneamente

presionan para la legalización de sus derechos y generan una identidad espacial que otorga cierta protección. Por cierto, el carácter del agrupamiento, las residencias y los desplazamientos posibles enuncian dos perspectivas de análisis en algunos sectores de la ciudad: la formación de guetos o enclaves étnicos.

De todos modos, las descripciones dan cuenta de una derrota simbólica del extremo neoliberalismo a la chilena, y que la pandemia hizo evidente. Aflora la ciudad oculta, negada por la autoridad y sin vasos comunicantes. La aparición de lo real deja un vacío existencial; pone en suspenso los proyectos de vida, cuestiona el arraigo e instala la posibilidad de reemigrar. Desde la estabilidad requerida, hay un reclamo: la creación de lugares y viviendas donde se pueda cuidar la salud y abrigar un salto cualitativo a la dignidad, abriéndose —en una sociedad más plural y menos monocromática— a la formulación de un nuevo contrato social. Una casa para una familia haitiana, como para cualquier otro inmigrante que quiere construir un proyecto de vida, es un eje reivindicitorio de una segunda oportunidad.

Referencias

Álvarez, S. (2019). Ecuador-México-EE.UU.: La producción de una zona de tránsito entre políticas de control y autonomía de la migración. En B. Cordero, S. Mezzadra y A. Varela (Coords.), *América Latina en Movimiento. Migraciones, límites a la movilidad y sus desbordamientos* (pp. 63-98). Traficantes de sueños.

Aninat, I. y Vergara, R. (Eds.). (2019) *Inmigración en Chile. Una mirada multidimensional*. Centro de Estudios Públicos. <https://www.cepchile.cl/cep/libros/libros-digitales/inmigracion-en-chile-una-mirada-multidimensional>

Appadurai, A. (2001) *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Trilce-FCE.

Atisba. (2010). *Guetos en Chile*. http://atisba.cl/wp-content/uploads/2011/10/Reporte_Guetos_en_Chile2010.pdf

Ávila, C. (2021). Chile: el país más desigual de la OCDE. *Fundación sol*. <https://fundacionsol.cl/blog/actualidad-1/post/chile-el-pais-mas-desigual-de-la-ocde-5063>

Balibar, E. y Wallerstein, I. (1988), *Raza, nación y clase*. Iepala.

Bravo, A. (2020). Trabajo al por mayor. Migrantes haitianos en el Mercado Lo Valledor. En C. Galaz, N. Gissi y M. Facuse (Eds.), *Migraciones transnacionales. Inclusiones diferenciales y posibilidades de reconocimiento*. Social Ediciones.

Bravo, G. y Norambuena, C. (2018). *Procesos migratorios en Chile: Una mirada histórica-nORMATIVA*. Anepe. <https://anepe.cl/wp-content/uploads/2020/10/LIBRO-ANEPE-43.pdf>

Contreras, Y., Ala-Louko, V. y Labbé, G. (2015). Acceso exclusionario y racista a la vivienda formal e informal en las áreas centrales de Santiago e Iquique. *Polis*, 14(42), 53-78. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682015000300004>

Correa, V., Raynal, J. C. y Musset, A. (2013). Una dimensión espacio-temporal de la espera: El patrón residencial de las inmigrantes latinoamericanas en la última década en Santiago de Chile. En V. Correa, I. Bortolotto y A. Musset (Eds.), *Geografías de la espera. Migrar, habitar y trabajar en la ciudad de Santiago, Chile. 1990-2012*. Uqbar Editores.

Dorsainvil, Y. (2018, 8 de enero). Plataforma de Organizaciones Haitianas (POH) rechazan exhibición de documental de su país por parte de canal 13. *Revista Sur*. <https://www.revistasur.cl/revistasur.cl/2018/01/plataforma-de-organizaciones-haitianas-poh-rechazan-exhibicion-de-documental-de-su-pais-por-parte-de-canal-13/>

De Génova, N. y Álvarez, S. (2017). Movimientos migratorios contemporáneos: entre el control fronterizo y la producción de su ilegalidad: Un diálogo con Nicholas De Génova. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, 58, 153-164. <http://dx.doi.org/10.17141/iconos.58.2017.2718>

Durán, G. (2021) Las 4 caras del mundo del trabajo en Chile. *Fundación Sol*. <https://fundacionsol.cl/blog/actualidad-1/post/las-4-caras-del-mundo-del-trabajo-en-chile-6741>

Fierro, J. (2017). *La ciudadanía y sus límites*. Universitaria.

Foucault, M. (1977). Historia de la medicalización. *Educación Médica y salud*, 11(1), 3-25.

Fuentes, A. y Hernando, A. (2019). Caracterización estadística de la inmigración en Chile. En I. Aninat y R. Vergara, *Inmigración en Chile. Una mirada multidimensional*. Centro de Estudios Públicos. <https://www.cepchile.cl/cep/libros/libros-digitales/inmigracion-en-chile-una-mirada-multidimensional>

Gissi, N. (2020). Habitando e imaginando desde un Santiago pluricultural segregado: inmigrantes haitianos y venezolanos, ¿arraigo o retorno? En C. Galaz, N. Gissi y M. Facuse (Ed.), *Migraciones transnacionales. Inclusiones diferenciales y posibilidades de reconocimiento*. Social Ediciones.

Gissi, N., Galaz, C. y Facuse, M. (2020, 15 de mayo). Desafíos de la pandemia a la política migratoria en Chile. *Radio Universidad de Chile*. <https://radio.uchile.cl/2020/05/15/desafios-de-la-pandemia-a-la-politica-migratoria-en-chile/>

Gissi, N., G. Ghio y C. Silva (2019). Diáspora, integración social y arraigo de migrantes en Santiago de Chile: Imaginarios de futuro en la comunidad venezolana. *Migraciones. Revista del Instituto Universitario de Estudios sobre Migraciones*, 47, 61-88. <https://doi.org/10.14422/mig.i47y2019.003>

Gissi, N. y Greene, T. (2021). Migración transnacional y política migratoria en Chile. Vínculos y brechas en los procesos de inclusión y exclusión de venezolanos/as en Chile (2016-2020). A. Hernández (Ed.), *Migración y Movilidad en las Américas*. Siglo XXI.

INE y DEM. (2020). *Estimación de personas extranjeras residentes habituales en Chile al 31 de diciembre de 2019. Informe técnico: desagregación regional y comunal*. Santiago. <https://www.extranjeria.gob.cl/media/2020/06/estimaci%C3%B3n-poblaci%C3%B3n-extranjera-en-chile-2019-regiones-y-comunas-metodolog%C3%ADA.pdf>

Infomigra. (2021, 14 junio). Gobierno ha expulsado a 1.401 migrantes desde el 2018 por razones administrativas. *Infomigra*. <https://www.infomigra.org/gobierno-ha-expulsado-a-1-401-migrantes-desde-el-2018-por-razones-administrativas/>

Iturra, D. (2016) *De Haití a Chile: la formación de un enclave residencial en la periferia de Santiago* [tesis de maestría]. Pontificia Universidad Católica de Chile.

Izquierdo, A. (2000). El proyecto migratorio y la integración de los extranjeros. *Revista Estudios de Juventud*, 49. www.injuve.es/sites/default/files/Revista49-3.pdf

Jensen, F. (2013). “Atravesar” la frontera: La huella perpetua en la experiencia migratoria. En V. Correa, I. Bortolotto y A. Musset (Eds.), *Geografías de la espera. Migrar, habitar y trabajar en la ciudad de Santiago, Chile. 1990-2012* (pp. 97-137). Uqbar Editores.

Margarit, D. y Bijit, K. (2014). Barrios y población inmigrantes: El caso de la comuna de Santiago. *Revista INVI*, 29(81), 19-77. <http://www.scielo.cl/pdf/invi/v29n81/art02.pdf>

Mbembé, A. (2016). *Crítica de la razón negra: Ensayo sobre el racismo contemporáneo*. Ned Ediciones.

Mezzadra, S. (2012). Capitalismo, migraciones y luchas sociales: La mirada de la autonomía. *Nueva Sociedad*, 237, 159-178. <https://nuso.org/articulo/capitalismo-migraciones-y-luchas-sociales-la-mirada-de-la-autonomia/>

Mezzadra, S. y Neilson, B. (2017). *La frontera como método*. Traficantes de Sueños.

Nussbaum, C. (2020) *La tradición cosmopolita*. Paidós.

Palma, C. y Pérez, M. (2021). El campamento como alternativa residencial: proyectos de permanencia y aspiraciones de incorporación entre migrantes en Santiago de Chile. En C. Ramírez, C. Chan y C. Stefoni (Eds.), *Migraciones, etnicidades y espacios: aproximaciones críticas desde la etnografía*. Ril.

Portes, A. (2012). *Sociología económica de las migraciones internacionales*. Anthropos.

Razmilic, S. (2019). Inmigración, vivienda y territorio. En *Immigración en Chile. Una mirada multidimensional* (pp. 101-145). FCE-CEP.

Rivera, V. (2021, 03 de septiembre). Éxodo de haitianos aumenta 81% en el último año. *La tercera*. <https://www.latercera.com/la-tercera-sabado/noticia/exodo-de-haitianos-aumenta-81-en-el-ultimo-ano/YKTMTEID5VDLLG2YYEFCH2QNKU/>

Rodríguez, J. y Gissi, N. (2020). Migración haitiana en Santiago de Chile: expulsiones, imaginarios e inserción social en un Estado-nación neoliberal. *Revista Política, Globalidad y Ciudadanía*, 6(11), 146-170.

Rojas, N., Amode, N. y Vásquez, J. (2015). Racismo y matrices de ‘inclusión’ de la migración haitiana en Chile: elementos conceptuales y contextuales para la discusión. *Polis*, 14(42), 217-245. https://scielo.conicyt.cl/pdf/polis/v14n42/art_11.pdf

Sassen, S. (2015). *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*. Katz.

Servicio Jesuita a Migrantes. (2021). *Más presión sobre el gobierno: más de 30 organizaciones recurren a organismos internacionales para poner freno a expulsiones colectivas de migrantes*. SJM Chile. <https://sjmchile.org/2021/06/19/mas-presion-sobre-el-gobierno-mas-de-30-organizaciones-recurren-a-organismos-internacionales-para-poner-freno-a-expulsiones-colectivas-de-migrantes/>

Servicio Jesuita a Migrantes y TECHO-Chile. (2020). *Acceso a la vivienda y condiciones de habitabilidad de la población migrante en Chile*. <https://www.migracionchile.cl/wp-content/uploads/2020/06/Informe-3-Vivienda-2020.pdf>

Suárez-Navaz, L. (2007). La lucha de los sin papeles. Anomalías democráticas y la (imparable) extensión de la ciudadanía. En L. Suárez-Navaz, R. Maciá Pareja y Á. Moreno García (Eds.), *Las luchas de los sin papeles y la extensión de la ciudadanía. Perspectivas críticas desde Europa y los Estados Unidos y la (imparable) extensión de la ciudadanía* (pp. 14-33). Traficantes de sueños.

Taylor, C. (1993). *El multiculturalismo y “la política del reconocimiento”*. FCE.

Telles, E. y Martínez, R. (Eds.). (2019). *Pigmentocracias. Color, etnicidad y raza en América Latina*. FCE.

Thayer, E. (2016). Migración, Estado y seguridad. Tensiones no resueltas y paradojas persistentes. *Polis*, 15(44), 109-129. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682016000200006>

Tijoux, M. (2016). Presentación. En M. E. Tijoux (Ed.), *Racismo en Chile. La piel como marca de la inmigración* (pp. 15-18). Editorial Universitaria.